

ANTONIO SANTONI RUGIU Y LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA SOBRE LA EDUCACIÓN EN ITALIA¹

Antonio Santoni Rugiu and Italian History of Education research

Angelo SEMERARO
Universidad de Florencia

Fecha de aceptación de originales: octubre de 2004
Biblid. [0212-0267 (2003-2004) 22-23; 547-552]

REUNIRSE EN TORNO A UN DECANO que ha llevado a término un granado *cursus honorum* universitario es siempre una ocasión útil para realizar un examen retrospectivo sobre el camino realizado en cuanto a las investigaciones y estudios de un sector dado; una ocasión para recuperar los trazos más notables de una trayectoria, diría una «escuela», si aquí no honrásemos a un maestro que ha abierto pistas importantes a la renovación de los estudios históricos educativos en Italia; una ocasión, en suma, para interrogarse de modo como lo procura hacer el volumen colectivo editado en su honra, cuyos ensayos se sitúan en el arco temporal que abraza *dos siglos de educación en Italia*, los mismos sobre los que Antonio Santoni ha indagado preferentemente, en su múltiple y multiforme actividad de estudioso de los hechos y usos educativos.

Examinado, bien el índice, bien la rica nota bibliográfica elaborada por Gulia Di Bello, se capta muy bien cómo los temas tratados por los diversos autores se hallan situados dentro del perímetro de los principales intereses cultivados por A. Santoni a lo largo de más de tres décadas de estudio, casi como queriendo subrayar la importancia del trabajo de clarificación histórica que lo ha llevado a ensanchar el campo de indagación, hasta procurar una completa historia social de la educación, e incluso a alcanzar la historia *tout-court* en sus últimos trabajos, entendida como una actividad formativa de máximo interés.

Dos siglos de educación representan una medida espacio-temporal amplia, aunque sin embargo y bien mirado se trata de algo *breve*, por al menos dos razones;

¹ En *Scuola & Citta*, 7 (1999), pp. 295-300. Tradujo: Antón Costa Rico, Universidade de Santiago.

se trata de un período de la modernidad que comprende varias etapas: desde la historia preunitaria hasta la prolija incubación del resurgimiento nacional, con acontecimientos político-institucionales que han dramatizado la historia educativa unitaria, alcanzando a todo el cincuentenario republicano. Espacio todavía más problemático —y ésta es la segunda razón— si se quisiese aprehender y descubrir con rigor metodológico el *objeto* de nuestros estudios. La *educación* —como se sabe— se ha configurado como campo abierto a múltiples interferencias. Aún se hace más inestable el objeto *pedagógico*, campo minado en el que han venido combatiendo sin tregua intencionalidades opuestas, pasiones hegemónicas, propietarios...

A partir de este mismo nodo teórico-epistemológico sobre la determinación del objeto, emerge el trabajo científico de A. Santoni Rugiu en toda su originalidad, tanto a través de la crítica radical a los límites teóricos en que se encontraba confinado lo educativo aún no hace tanto tiempo, como a través de la dilatación de los horizontes temáticos y problemáticos, que le permitieron mantener una continua tensión entre la educación y las dinámicas históricas de la sociedad. Una historia social de la educación habría sido impensable hace pocas décadas. Y no hay duda de que uno de los méritos reconocidos a Antonio Santoni, una de las pistas por él abiertas, consiste en haber librado el indefinido objeto de nuestros estudios de las hipotecas del neoidealismo e incluso del espiritualismo y de tantos otros *ismos*.

La adopción del método histórico, asumido desde sus primeros estudios como único antídoto contra lo abstracto y la indeterminación del campo pedagógico le ha permitido ampliar siempre más y más la observación de la educación con respecto a la diversidad de los sujetos, las diferencias de género, las articulaciones de las clases sociales, la multiplicidad de las formas de las relaciones humanas. Entre los primerísimos ensayos de A. Santoni existe uno que, al respecto, lleva un título sin equívocos: *Povera e nuda vai pedagogia...* (1948).

Algunos estudios recogidos en la colectánea que le han dedicado, ponen en evidencia los dos ámbitos sobre los que Antonio Santoni ha realizado una paciente labor, uno *destruens* de toda pretensión pedagógica de determinación desde el exterior de reglas perennes de comportamiento, propias de las pedagogías dogmáticas, válidas para todos y para todos los tiempos, y otro *construens*, desde los cimientos en torno a zonas inexploradas de los procesos y de los modelos educativos.

Sobre el primer ámbito tuvo ocasión de advertir en el curso de los años setenta que la renovación educativa debía pasar a través de una sólida crítica de la ideología, llevando esta exigencia a los ambientes científicos de la pedagogía italiana, como premisa para una nueva epistemología de la investigación histórico-educativa. En este empeño se encontró al lado de Angelo Broccoli. En una serie de sus escritos (desde los discursos de los Procuradores generales, a los programas didácticos de la escuela elemental y normal, a los libros de lectura del Ochocientos italiano) él desvelaba los lugares, las formas, los lenguajes y los sujetos de la opresión pedagógica, indicando en la historia la terapia más eficaz para liberarse de los límites de la ideología. Una actividad que desde 1979, año de su afortunada primera edición de la *Storia sociale dell'educazione*, no abandonará nunca, encontrando la forma de clarificar en diversas ocasiones, en el debate científico, los motivos de una elección a la cual ha permanecido fiel, y que luego han hecho propia una generación entera de investigadores de los hechos educativos.

El ensayo de Gránese su Leser, presente en la colectánea, nos permite ver lo que era la historia de la educación estudiada hasta hace treinta años, y cuánto ha debido hacerse para transformarla en una historia de las prácticas, de las sensibilidades, de las diferencias... El de Egli Becchi deja entrever el camino todavía a construir para pasar de una historia de la infancia, reino de las prácticas y de los saberes adultos, a una historia de los niños. No de otro modo Ambrosoli, Cives y Genovesi han reclamado, en el mismo lugar colectáneo, los momentos más brillantes de una tradición educativa laica, emancipadora de las conciencias y de los centros educativos, antes de que la laicidad cayese en la comedia de los equívocos que todos hoy tenemos ante nuestra mirada. Así, como Siciliani de Cumis, reexaminando aún las cartas de Labriola, repropone el tema de la reproducción científica en las sedes académicas, otro de los motivos de atención de Antonio Santoni, en continuidad ideal con aquella historia del profesor italiano que lo había hecho notar en los últimos años cincuenta, haciéndose el mayor experto de la historia institucional de las funciones docentes en Italia.

En cuanto al ámbito *construens* de su discurso Antonio Santoni procuró diversas rutas para salir de la vaguedad de aquella particular institución educativa que es la escuela, en la que se encontró cogido casi por azar, como ha narrado en *Chi non sa insegna. Viaggio antipedagogico nella prima Repubblica* (Lacaita, 1994). Entre las aulas «lacadas en negro» de un colegio privado de Cagliari, el recio liceo «Azuni» de Sassari y el prestigioso liceo «Tasso» de la capital, Antonio Santoni vive en persona la certeza de aquella afirmación de Romagnosi, según la que las escuelas de Europa eran no otra cosa que prisiones «en las que se lleva a cabo la más funesta mutilación mental».

La experiencia por entero fortuita y ocasional de programador de radio en la Rai, la pasión por el cine y el teatro, el encuentro con Rudolf Arnheim, joven psicólogo gestaltista interesado en la producción dramática en la radio, entre otros asuntos del estilo, constituyen para el joven profesor una experiencia que quisiera transferir a los grises ambientes escolares del liceo romano, con la convicción de que «el palco escénico y el aula no están tan distantes entre sí», viéndose obligado a observar todos los daños que un profesor desmotivado puede ocasionar a la escuela. La conclusión a la que llega es la de que sólo se puede alimentar *la presunción* de enseñar a otros no importa que a condición de que se cree un clima de precomprensión, reciprocidad y complicidad (incluso sobre base empática); si no se dejan entrever las dudas, las incertezas, los límites de los conocimientos adquiridos, la enseñanza cae bien pronto, como todos los oficios, en las *rutinas*. Por eso sea cual sea el nivel en que se ejerza la actividad docente, sólo se podría huir de lo ilusorio y de la presunción de *dejar marcas*, si esta actividad se configura como una vía privilegiada para el aprendizaje continuo, entendiendo como buen profesor a aquel que se arriesga a comunicar el gusto por las cosas que ha aprendido (y que quiere seguir aprendiendo).

Contra toda intervención inhibidora de la creatividad, persistente en nuestro modelo educativo y contra la errada concepción «humanística» del arte como actividad contemplativa y no activa, Santoni reaccionaba buscando en la educación estética y en la enseñanza entendida como *animación* la vía para la renovación de los métodos de aprendizaje y, más en general, del clima educativo escolar.

En este sentido, entre sus escritos tomaba cuerpo esta temática en el curso de los años sesenta y setenta. Con Amieto Bassi escribe *Creatività e deprivazione artistica* (1969), un texto revelador de la persistencia de sus intereses sobre la cuestión de la

creatividad y de la liberación, que siempre conservará. A mediados de los años setenta publica en Editori Riuniti *Educazione estetica* (1975), y un año más tarde *Insegnamento como animazione*, escrito conjuntamente con Edda Fagni. Era la forma como Santoni Rugiu trataba de responder a la *Crisi del rapporto educativo* (1975), que el 68 había tornado explosiva, pero que se venía incubando desde tiempo antes en una sociedad que había perdido sus contactos con las generaciones nuevas (*Educatori oggi e domani*, 1966). Las instituciones educativas que debían afrontar una escolarización de masas con una altísima heterogeneidad en cuanto a las condiciones sociales y culturales de origen y sin una adecuada y valiente política de reforma, corrían el riesgo de responder sólo con la burocratización del sistema escolar, una respuesta defensiva, siguiendo procesos comunes a todo el Occidente, pero que, en Italia, tenían un particular carácter al acentuarse los viejos dualismos: norte y sur; centralismo-autonomía; cultura clásica-cultura técnico/científica, confesionalismo-laicidad del Estado y de la escuela.

A lo largo de los años setenta Antonio Santoni profundiza en la crítica contra la pedagogía «omnívora» y quiere procurar la adecuada especialización requerida por el desarrollo de las ciencias de la educación. En una *Guida alle scienze de l'educazione*, un manual para uso de los docentes, mostraba su preferencia por el plural (*scienze*), en oposición a los que sostenían la *Scienza* de la educación.

La experiencia vivida sindicalmente, a partir de la moción n.º 4 y en el asociacionismo democrático laico a partir de los últimos años cincuenta, le permitían un conocimiento diverso de la complejidad de los problemas escolares, que le sería útil cuando Codignola lo introduce en la comisión de diagnóstico, que toma el nombre del ministro Gui, aunque sus resultados no condujesen a la reforma. A propósito, el ensayo de Carmen Betti nos permite apreciar el carácter avanzado de unas propuestas acantonadas a causa de esta anomalía tan italiana de una soberanía del Estado con respecto a la escuela y a la educación.

A través de la dirección de la publicación *Scuola e Città*, que relanzó, renovándola en el lenguaje y en un lúcido análisis de los factores de las crisis, recoge «la impaciente esperanza» —como anota Laporta— que había de afirmarse en un tiempo posterior. Santoni Rugiu fue consciente de que el ciclo virtuoso del *Welfare* escolar se estaba cerrando, sin que nada significativamente positivo hubiese sido alcanzado por la escuela luego del año 62 (la reforma de la escuela secundaria obligatoria) y de la aprobación en 1968 de la ley que instituía la escuela materna estatal. El optimismo de la voluntad que emerge en aquellos años de diálogos con los lectores, la escritura sutil y la capacidad argumentativa constituyen un trazo inconfundible de Antonio Santoni, que lo asemejan pero al tiempo lo distinguen de muchos de los «combatientes» en la batalla por una educación democrática. Una batalla compartida por muchos de los decanos que han firmado algunos de los ensayos recogidos: de Mario Manacorda a Raffaele Laporta; de Luigi Ambrosoli a Remo Fornaca, de Giacomo Cives... todos los cuales alimentaron una comedita confianza en una sociedad democrática. Guiseppe Spadafora ha recordado oportunamente a aquel núcleo constitutivo de profesión de fe democrática deweyana que tanto relieve asumió en la inmediata segunda postguerra, encontrándose también con otros filones del pensamiento liberal y marxista, aunque quedó oscurecida otra gran parte de una muy rica tradición cultural laico-democrática, que había logrado mantenerse viva en los lugares de la producción y de la reproducción cultural, es decir, principalmente en los liceos y en las universidades, en los años

oscuros del fascismo. Sin duda, a este respecto, sólo una dimensión más regional de la investigación histórico-educativa podrá restituir las formas, las voces, y los proyectos que han enriquecido la trama educativa en uno de los pasajes más cruciales del Novecento: desde la dictadura, para decirlo con un notorio título de Tina Tomasi, a la República. Incluso Santoni ha hecho aportaciones a la historia regional, a través de dos ricos capítulos de un reciente libro *Si fa presto a dire scuola* (1998), dedicado a glosar diversos hechos y figuras de la Toscana en la segunda postguerra, a través de los que se observan las vicisitudes de la escuela italiana.

Tres ensayos, en la colectánea a que nos referimos, abordan cuestiones relativas al modelo formativo; tres modos distintos de certificar el interés por una historia de la escuela en tanto que encrucijada de diversos recorridos: desde la historia política-institucional, hasta la historia de las ideas, de las administraciones y de los instrumentos didácticos. Tres aproximaciones difíciles de imaginar hace sólo algunas décadas y que hoy, en cambio, gracias a las contribuciones de la generación a la que pertenece Antonio Santoni, no deben ya temer ninguna censura académica.

La producción científica de Santoni en el ateneo florentino se abre en el curso de los años ochenta a otros escenarios de la modernidad, ampliando lo educativo a campos jamás osados. Cuanto más se venía sectorializando la pedagogía, más procuraba la historia de la educación las posibles conexiones con las ciencias sociales. La pluridisciplinariedad de las calas de estudio y la mirada dilatada a la amplia duración de los temas estudiados le permitieron abrirse a nuevos identificadores: el papel y el peso de la alimentación, por ejemplo, del vestido, de la catequesis, del trabajo... Así como una historia de la alimentación no se podría contemplar como no influyente en la historia de la educación, tampoco se podrían retener como asuntos irrelevantes las cuestiones del tiempo libre infantil, de los deportes, etc., constituyéndose la escuela como un campo de reencuentros, más que campo de influencias decisorias sobre las prácticas y sobre las ideas.

Antonio Santoni promueve hacia el fin de los años ochenta una colección editorial con Manzuoli (*Tempi/Educazione*) cuyo primer título es emblemáticamente la transcripción de una conversación sostenida con Le Goff en el Cidi de Florencia (18/II/1987) sobre *Ricerca e insegnamento della storia* (1988). La colección se abre a la historia social de los hechos y modelos educativos, a la historia de las prácticas, de la política juvenil, y constituía un modo del «hacer histórico» y de formar con y a través de la historia. La investigación, la producción y la enseñanza de la historia son tres momentos de una relevante actividad educativa: quizás la verdadera actividad pedagógica —un término que Antonio Santoni ha usado siempre con discreción, como pone en evidencia Fornaca en estas páginas—, en cuanto comporta autoeducación y finura sea en la elección y en el uso de las fuentes, o en la disposición escénica de los hechos, personajes y fondos. Sobre esto Ragazzini nos recuerda que las fuentes son una reconstrucción del investigador: «una pieza de la operación historiográfica». Y que —como él dice— «no basta mirar; es preciso ver... Para reconocer es preciso atribuir significado».

Del método histórico Antonio Santoni aprecia en particular el esfuerzo y la argucia en la reconstrucción de indicios; en tal sentido hay que entender las etapas sucesivas de su trabajo: desde *Nostalgia del maestro artigiano* (1988), donde teje los hilos que unen el desarrollo de la pedagogía de los últimos dos siglos, mediante la reconstrucción del modelo de aprendizaje de las Artes; y aquí el aprender-haciendo de las artes prácticas sustituye al aprender-escuchando de las artes liberales (un

libro que se extiende a un segundo título más reciente, *Il braccio e la mente*, 1995), hasta llegar al gran fresco de *Scenari dell' Educazione nell' Europa moderna* (1994), en donde recorre los espacios modernos del viejo continente, dando un ajustado relieve a los modelos informales y a menudo desconocidos, por medio de los que se desarrollan los procesos educativos a partir de las experiencias de vida. Una obra en la que la nueva generación de historiadores de las diferencias, que han participado en la colectánea realizada en su honor (Covato, Leuzzi, Giallongo) han visto no sólo acogida, sino también puesta de relieve, la cuestión del género, hasta aquí abordada muy lateralmente por los historiadores.

La hipótesis indiciaria sostiene valientemente su última publicación en el orden temporal, *I gioielli di Cornelia*, de reciente edición en Argo di Lecce, en donde Antonio Santoni reconstruye los trazos de la singular feminidad de la madre de Gracchi que la retórica pedagógica había ensalzado al nivel de mito heroico de la virtud materna.

A la hora de introducir la colectánea preparada he sintetizado la personalidad y la obra de Antonio Santoni en la fórmula gramsciana del *ottimismo della volontà*, ya que me parece el rasgo más incisivo de su inteligencia y de su pluma. Al no haber encontrado en su caminar muchas ocasiones de satisfacción dado el estado de las cosas de nuestro sistema educativo, no se ha resistido al trabajo de proyección y de la clarificación, procurando que no faltase nunca la contribución crítica de las ideas, desafiando el sentido común de las cosas con ironía y autoironía incluso, sin presunciones académicas, con la esencialidad y la fugacidad de su tierra. Un modo de comunicar que se revela aún máspreciado por cuanto está unido a un conocimiento preciso y profundo de los hechos educativos. Una inteligencia y una pluma puestas al servicio de la mejora de las condiciones de la escuela a través de los profesores, como constructores de una conciencia civil más exigente. Éste ha sido un aspecto esencial de su magisterio.

No hay duda de que Antonio Santoni ha marcado una presencia, tanto discreta como autorizadamente innovadora en nuestros estudios, desafiando prejuicios y adecuando a través de sus escritos, y de su militancia, a una nueva generación de investigadores y educadores. La reseña de las tesis doctorales por él dirigidas, elaborada por Andrea Manucci, da una buena idea del enorme trabajo didáctico desarrollado en su largo trabajo académico.

Es preciso resaltar todo esto ahora que dos siglos de educación pública corren el peligro de ser menospreciados desde el diseño de una privatización de la educación pública. Un punto de delicado equilibrio constitucional alcanzado por la cultura republicana corre el riesgo de fragmentarse, cancelando aquel pacto de convivencia entre valores diversos que se apoyan sobre el principio fundador de la *libertad*, del cual el Estado es garante para todos.

Mucho debemos a la generación a la que pertenece Santoni en cuanto al éxito de aquel principio, que se ha sobrepuesto a constantes ataques recibidos en el curso de medio siglo de vida republicana y escolar. Y sería un triste epílogo el de una cultura democrática de la educación que, habiendo defendido las garantías del pluralismo, como premisa de un proyecto de humanidad de iguales y de sociedad justa, no hiciese hoy prevalecer las razones más profundas que insisten en el estatuto científico de la *poiesis* educativa, con ventaja sobre otras más contingentes.

Por esto mismo hay que mostrar gratitud a Antonio Santoni que también ha enseñado a apreciar el valor de la laicidad y a no minusvalorar los costes culturales para las futuras generaciones de otras posibles contradictorias orientaciones.